

EN HAMBURGO (8.6.2010)
Suso de Toro

La conciencia historicista, tan europea, nos hace pensar que la historia de la humanidad es una secuencia de civilizaciones. Según un relato torpe, en distintos lugares del planeta florecieron civilizaciones que a veces coexistieron en el tiempo, china, sumerio caldea, egipcia, azteca, inca..., pero hay una línea preponderante en el mundo que es donde se sitúa la civilización occidental, Grecia, Roma, Europa y ahora EE.UU. Esa fase actualmente triunfante sería la que se pretende resumir con las expresiones enfrentadas “El Nuevo Mundo” y “La vieja Europa”, pero ésta es una visión equivocada aunque gracias a los instrumentos de persuasión ideológica dominantes sea una visión muy asentada entre los propios europeos. Ese discurso que estigmatiza a Europa como un lugar decadente fue tejido fundamentalmente por intelectuales exiliados de Europa a EE.UU. para salvar su vida. Es bien comprensible su resentimiento y es parte de la penitencia que nos corresponde a los europeos.

Pero EE.UU. no es sino una continuación, un nuevo ensayo de la civilización europea en otro territorio y la matriz de esa civilización sigue estando en Europa. Una Europa que, siendo la primera potencia económica mundial, está ahora ensayando un nuevo modelo. Europa creó los estados nación, el colonialismo, se autodestruyó en dos guerras entre estados y ahora ensaya un nuevo modelo, una unión de estados. Por otra parte es imposible meter a la antiquísima China en un concepto de “la vieja China”, a pesar del sometimiento humillante al colonialismo de una coalición de países imperialistas, Gran Bretaña, Francia, Japón, Rusia, Alemania y EE.UU. , se ha actualizado y compite por la supremacía mundial.

El fracaso que supusieron las guerras, especialmente la II Guerra Mundial, una guerra civil entre europeos que se extendió al resto del mundo, más la posterior lucha por la liberación de las colonias africanas y la ocupación soviética de Europa del Este, un verdadero secuestro de pueblos y estados que todavía padecen las consecuencias, creó una conciencia de fracaso en la población europea. Y asociados a esa conciencia un sentimiento de vergüenza y culpa. La frustración puede generar autocompasión y resentimiento, algo hay de todo ello circulando por el continente. Sin embargo, vista desde fuera Europa es percibida como un triunfo político y económico, un modelo social que peligra en estos momentos pero que es envidiado no sólo por las poblaciones de Africa, Asia o Hispanoamérica sino que es la aspiración para su pueblo del actual

presidente norteamericano, Obama. Debemos conservar la memoria de nuestros errores y la culpa que nos corresponde pero también debemos ser conscientes de nuestras capacidades y de nuestros logros y sentir el lógico orgullo por ello. Ser europeo es recibir un legado terrible, cierto, pero también espléndido en realizaciones de todo tipo, también espirituales.

Y ese legado es cierto que está repartido por nuestro territorio continental pero aunque éste es un continente ocupado por seres humanos desde hace mucho y un medio natural domesticado hasta el último árbol, es en las ciudades lógicamente donde reside el pasado de nuestra civilización y son las ciudades quien interpreta nuestra memoria. En concreto aquellas ciudades que yo llamaría “ciudades sujeto” y que tienen conciencia de si mismas como un ente vivo, algunas crean estrategias para si mismas exclusivamente y otras crean países y estados a su alrededor. Fueron los intelectuales en las ciudades europeas quienes imaginaron las naciones; los europeos, querámoslo o no, somos “nacionales”, voluntaria o involuntariamente tenemos que referirnos a identidades nacionales para explicar unos a otros quienes e incluso cómo somos. O al menos eso ha ocurrido hasta hace poco, hemos construido naciones como espacios más o menos homogéneos, el odio al moro que predicó el cristinianismo entre nosotros y el antisemitismo en general tiene que ver con esa búsqueda de la homogeneidad. Pero si la Europa de la posguerra era un territorio arruinado pero racialmente homogeneizado eso ha vuelto a cambiar poco a poco (“cuando el amor marcha por la puerta se cuela por la ventana”, eso ocurre con la vida en general) y hoy viendo los habitantes de nuestras ciudades comprendemos que la vieja Europa cristiana de Carlomagno sólo es una pieza del folklore europeo. Nuestras ciudades ya son ciudades abiertas y los intelectuales tienen una nueva tarea, pensar este tiempo después de los estados nación e imaginar un nuevo modelo que tendrá que ser europeo.

Pero en ese nuevo modelo la memoria tendrá que tener también su papel, no podemos prescindir de ella so pena de destruirnos como sujeto histórico. Las ciudades norteamericanas se levantan sobre una nada, nosotros sobre los muertos. La colonización anglosajona consideró a los nativos dotados de la misma alma que los búfalos, hoy quedan pocos especímenes de unos y otros y se crían en cautividad. Los nativos norteamericanos no forman parte de su memoria, no son sus antecedentes y dieron por supuesto que todo el territorio estaba vacío de seres humanos, los colonizadores eran Adán, el primer ser humano y sus ciudades son un artefacto arbitrario plantado en un territorio carente de significación, carente de memoria.

Nosotros no podemos renunciar a nuestra memoria ni escapar a ella y nuestra memoria es dolorosa, traumática. Europa en general, España muy en concreto, vivió su guerra civil y lo hecho no se puede deshacer, hay que cargar con ello, sobrellevarlo. Sólo llevo dos horas en esta ciudad de Hamburgo y apenas he salido del hotel pero me basta saber que esta ciudad fue arrasada por los bombardeos aliados hace unas décadas para suponer que esta ciudad hoy espléndidamente reconstruida carga de algún modo con la sombra de la ciudad destruida, que existe en algún lugar un doble fantasma de este Hamburgo floreciente. Pero las personas y las ciudades quieren vivir, quieren esperanza y hay ciudades, especialmente esas “ciudades sujeto” que desarrollan estrategias para afrontar los traumas y poder seguir teniendo un papel de liderazgo. En caso de guerra civil, cuando una parte de la ciudad elimina a la otra, la estrategia más común es elaborar dos memorias contradictorias y alternativas, así según la situación histórica la ciudad se ve en una memoria o en otra. En España es un caso muy claro el de Madrid, unos sectores reivindican la memoria republicana y antifascista y otros la fascista, pero ambas elaboraciones de la memoria legitiman cada una por su lado la importancia de la ciudad, su papel de capital del estado.

Mi último libro nació de una investigación familiar, ello me supuso aceptar una imagen de mí que en principio nunca me había parecido determinante ni siquiera significativa: soy hijo de inmigrantes. Mi madre llegó a Santiago desde una aldea gallega cercana y mi padre desde un pueblo castellano más alejado, pero ambos dieron el salto del campo a la ciudad y yo y mis hermanos nos levantamos sobre esa falla, ese salto. Partiendo de la constatación de esa evidencia miro a los lados y compruebo que la mayor parte de las personas con las que trato han llegado ellas o sus padres de otra ciudad o de otro lugar.

Nuestras ciudades se basan en un hechizo, lo evidente permanece oculto. Como en el cuento de Poe “La carta robada”, la realidad de que la mayoría de los ciudadanos somos inmigrantes o hijos de estos desaparece bajo el prestigio del pasado histórico de nuestras ciudades, y los inmigrantes y sus hijos nos entregamos mansamente a ese argumento. Creo que el futuro de las ciudades europeas pasa por romper el hechizo, que la memoria de la ciudad no ahogue las memorias personales y particulares de las personas que han venido de lejos para incorporarse a la ciudad en marcha. Y son los inmigrantes o sus hijos, con su visión a medio camino entre dentro y fuera, quienes debieran recrear una visión más cabal e íntegra que una los mitos de la ciudad con las nuevas realidades que la transforman.